Una noche en Unquera

El cielo está cárdeno, hecho con una sola nube, que baja amenazadora sobre la tierra; el mar se encrespa en olas de plomizo color, vientos de tempestad van y vienen por el espacio.

—Hoy es el día convenido para emprender la excursión á los Picos de Europa, y esta es la hora del viaje—viene Alonso Velarde á decirme—¿Vamos?

—Naturalmente. ¿Por qué no hemos de ir?—le contesto yo.

—Pues andando. El coche está pronto y nos espera.

Montamos en el coche entre el asombro de los curiosos que nos miran. Algunos dicen: «Es preciso estar locos para ir á los Picos de Europa con tiempo semejante.» Otros nos aconsejan, nos dan razones científicas y no científicas encaminadas á hacernos desistir. Nosotros, como si estuviéramos sordos «¡Arrea, cochero!» grito yo; y los caballos nos alejan á trote largo de consejeros y fiscales.

¡Consejos! ¡Fiscalizaciones!... Vivir de los conse-

jos y fiscalizaciones ajenas es no ser de uno, es ser de los demás. Yo quiero ser mío. A mi amigo Alonso Velarde le sucede lo mismo. Quien vive del ajeno consejo y del ajeno juicio, entregando á ellos voluntades y juicios propios, no se pertenece, se entrega; yo deseo pertenecerme. Arrepentido me hallo de haime entregado alguna vez, de haber dejado de ser mío para ser de los otros. Lo hice por bondad, y á la debilidad lo atribuyeron. Claro que, más pronto ó más tarde, les obligué á salir de su error. Pero hay rectificaciones dolorosas, no para los otros, para uno. Es mejor no tener que hacerlas.

A los diez minutos de marcha, la nube se declara cómplice de nuestros consejeros y fiscales, rompiendo en lluvia torrencial. Así como así, el coche es abierto y el agua entra por todas partes, calando nuestros cuerpos y amenizando el principio de la excursión con una ducha inconcluíble. ¡Bah! ¡Qué importa! No retrocederemos ante los desplantes de una nube. ¡Venga agua! Detrás de esa nube está el sol. Puede que, satisfecho de nuestra constancia y de nuestra energía, nos salude y nos acompañe en nuestras futuras jornadas.

Por de pronto, al llegar á Unquera la nube tempestuosa ha desaparecido. Nubecillas grises van y vienen aún por el espacio; ya lucen los astros entre ellas, y, por si esta esperanza fuera insuficiente, en la puer-

ta de la casa donde para el coche, un grupo de muchachas encantadoras nos recibe.

Son las hermanas de Alonso Velarde y las hijas de D. Fidel Velarde, tíos de mi compañero y amigo.

Es privativo en estos Velardes montañeses ser los hombres avanzados en el pensar y francos en el trato; ser las mujeres hermosas de figura y afinadas de inteligencia. Ni hay en ellos doblez, ni hay en ellas gazmoñería. Como á un hermano me reciben; ellos, extendiendo las manos; ellas, dirigiéndome una afectuosa sonrisa.

Unquera es el primer alto de la excursión que realizan, juntamente con Velarde y conmigo, D. Juan Martínez, un madrileño muy simpático, su hijo y dos muchachuelos, á quienes quiero con toda mi alma y por quienes todo sacrificio me resultaría escaso en el mundo.

La cena es deliciosa; sazónanla la conversación invulgar de hombres y mujeres, y los dones que ellas hacen á nuestros ojos con el espectáculo de sus imágenes gentiles.

No pensé nunca hallar en una aldea tan grata é ingeniosa tertulia. De todo se habla en nuestra mesa, de todo puede hablarse sin que los hombres se queden á obscuras y las mujeres hagan gestos de extemporáneos pudores y de hipócritas ignorancias. Política, arte, religión, costumbres; todo se discute y analiza

entre sorbo y sorbo de café. Quién, recordando á este poeta, repite sus versos; quién, evocando la memoria de un músico célebre, historia sus procedimientos é imaginaciones. Después, en el salón, las muchachas tocan el piano, conmoviendo nuestros espíritus con sencillos cantos regionales ó ensanchando nuestras almas con beethovenianos acordes...

¡Hermosa velada! ¡Gratísima y encantadora reunión! Aquí, en la aldea humilde, he tropezado con mujeres que para entretener las horas saben algo mejor que tocar polkas y bailar tangos y hacer mohines coquetescos; con hombres á quienes puede hablárseles de algo más que del último cambio de Gobierno ó de la entretenida en moda. Reciban ellos y ellas en estas líneas, escritas al correr de la pluma, el testimonio de mi gratitud. El alma tiene también su respiración y agradece mucho una bocanada de aire puro.

Allí mismo, en aquel salón, entre aquel ambiente de arte, de belleza, de poesía y libertad, grita Alonso Velarde:

—¡Nada, chicas, cosa resuelta; mañana vamos todos á los Picos! El viaje es penoso, las ascensiones duras; pero no creo que os asustéis. Además necesitamos vuestra compañía. Será una excursión deliciosa; invadiremos como camaradas aquellas alturas y prolongaremos unas horas más estas horas felices que la casualidad nos hace pasar juntos.

No; no haya cuidado; las muchachas no retroceden ante la excursión; no son ellas, afortunadamente, de las que se asuntan porque sus pies se deformen en la alpagarta, porque el sol y el aire tuesten sus cutis y porque en los Picos de Europa no haya cajas de polvos. Son mujeres, pero sin perjuicio de ser hermosísimas hembras, saben ser compañeras también.

¿Cómo haremos el viaje? Como pueda hacerse. En coche, á caballo, á pie, trepando por las peñas, si hay que trepar, agarrándose á las rocas, si es forzoso agarrarse. La expedición está resuelta.

—¡Hasta mañana!—nos decimos los unos á los otros. Y ya, solo en mi habitación, entreabro los balcones y aguardo los avisos del sueño, contemplando la silenciosa aldea, escuchando el rumor que hacen las ondas de la ría dirigiéndose al mar, y oyendo sobre mi cabeza el alegre charloteo de las muchachas.

Amenguado por los espesores del tabique, llega aquel charloteo á mis oídos como una música, como un canto de pájaros que se recogen en sus nidos.